

Caracterización del proceso del subdesarrollo

Sergio de la Peña

A partir del supuesto de que América Latina se encuentra en estado de subdesarrollo, se aplicará el método propuesto de análisis a fin de examinar algunas de sus principales características funcionales y de esta manera se tratarán de detectar los elementos determinantes de su atraso y se inferirán las pautas generales del proceso de subdesarrollo. Para ello se procederá, en primer lugar, a efectuar una delimitación de la latitud de aplicación de los conceptos propios del subdesarrollo y a continuación se apreciarán los rasgos peculiares del mismo.

El Tiempo histórico del subdesarrollo

El método de análisis que se va a utilizar exige que el examen del origen y dinámica del subdesarrollo se lleve a efecto en contraste con las características del momento histórico en que han tenido lugar.

Es importante examinar, aun cuando sea brevemente, la cuestión relativa a la latitud de aplicación del concepto de subdesarrollo. A este respecto, surge la cuestión acerca de si el concepto de subdesarrollo debe utilizarse solamente para denominar y calificar un fenómeno social característico que tiene lugar en una condición histórica determinada de la evolución de la sociedad, o si se trata de una categoría que puede aplicarse genéricamente a toda sociedad y en cualesquiera de los estadios de la evolución de la humanidad, para expresar su posición con respecto a un paradigma. Es indudable que en todo momento histórico se encuentran diversas sociedades que tienen diferencias en el volumen y tipo de satisfactores disponibles, en la base material de la producción, en

la distribución social de la capacidad de acceso a esos bienes y, por consiguiente, en los grados de bienestar. Tales diferencias resaltan en la medida en que dichas sociedades se encuentran relacionadas entre sí, a través de vínculos comerciales, militares o de servidumbre. Además, en todos esos casos se establecen mecanismos de exacción de excedentes económicos para el beneficio de las sociedades dominantes y para el infortunio de las que se encuentran sujetos al estado de subordinación. La intensidad de los flujos de excedentes y la forma como se canalizan difieren ampliamente según la organización que prevalece en las sociedades y la circunstancia histórica respectiva.

Con el advenimiento del capitalismo, o sea, a partir del período en el que este sistema de producción se convierte en la forma principal de funcionamiento de la economía mundial, se difunden sus medios privativos de producción e intercambio. Estos medios determinan las pautas principales de interdependencia económica entre las diversas sociedades que forman su esfera de influencia. Aun cuando dichas pautas fundamentales puedan guardar ciertas diferencias en cada sociedad debido a la influencia de las respectivas características culturales y físicas, en el fondo prevalecen los elementos esenciales de la forma de producción e intercambio capitalista.

En razón de la generalización de las formas de producción que imponen las normas del funcionamiento capitalista, parece apropiado utilizar conceptos específicos para significar los fenómenos peculiares que surgen en el período de vigencia de dichas normas. De esta manera, el concepto de subdesarrollo corresponde a un fenómeno característico que acontece dentro de una forma de organización determinada y en un período histórico particular, y no es tan sólo una posición relativa de cada sociedad

con respecto a otras, medida a través de indicadores diversos.¹ Por lo mismo, será necesario limitar las comparaciones entre las sociedades a períodos en los que éstas operan en contextos similares y dentro de formas parecidas de funcionamiento. De esta manera, puede hablarse del atraso relativo referido a cualquier momento histórico, pero la denominación de subdesarrollo deberá aplicarse solamente al atraso capitalista.

Asimismo, al referirse a las condiciones en que se encuentran los países que funcionan según formas de organización no capitalista, el atraso deberá denominarse en términos que expresen e identifiquen las características de esta manera de operar.

Características del subdesarrollo

Con el acotamiento anterior, acerca de la latitud funcional e histórica del concepto de subdesarrollo, es posible plantear el examen de los principales factores que caracterizan esta condición. Habrá de postularse, en primer término, que el subdesarrollo consiste en la forma de funcionamiento de las sociedades capitalistas atrasadas. De aquí que para nuestro propósito interesen todos los aspectos relevantes de la forma de operación de estas sociedades, por lo que deberán examinarse las particularidades que tiene la manera capitalista de producción y de asignación del valor. Con el objeto de efectuar ese examen se apreciarán, en primer término, las pautas de orden interno de cada sociedad que caracterizan al funcionamiento del capitalismo y, a continuación, la forma como operan las correspondientes relaciones externas. Por comparación podrán detectarse los elementos principales que constituyen el estado de subdesarrollo, su génesis y evolución, y podrá ensayarse una proposición acerca de la dinámica de esta condición.

¹ Un sistema de indicadores diseñado para apreciar la evolución relativa de países con diversa forma de funcionamiento tendría que ser neutro con respecto a éstas, con el fin de calificar, en términos abstractos y comparativos, el grado de desarrollo de cualquier sociedad en toda etapa histórica. La virtud de su inocuidad y de su neutralidad con respecto al fenómeno social habría de garantizar la futilidad del procedimiento.

La esencia del sistema capitalista consiste en la vigencia de las formas de producción correspondientes a la operación de la empresa privada. Ello implica necesariamente una organización de la producción, de bienes destinados al intercambio mercantil, que asegure una determinada distribución del valor creado entre los núcleos sociales que intervienen en estas labores. El valor ha sido aportado en el proceso productivo por la aplicación de tiempo de trabajo humano, una parte directamente en forma de esfuerzos físicos e intelectuales y otra indirectamente por el uso de bienes de capital. En este último caso, el camino indirecto que recorre el trabajo humano transformado en bienes de capital se inicia en la acumulación necesaria de valor para su elaboración y se realiza mediante su gradual reincorporación al proceso productivo al ser utilizados dichos bienes para crear nuevos valores.²

La forma de distribución social del valor creado refleja la finalidad última de la producción capitalista, o sea, que el empresario obtenga el mayor lucro posible. Esta finalidad puede lograrse por varios caminos: los empresarios pueden lograr una mayor participación en el valor creado sin modificar la tecnología al aumentar la producción sin cambio en los salarios, por ejemplo, reduciendo el salario unitario por cada producto elaborado, ya sea por medio de bonificaciones o premios a los obreros cuando rebasen las cuotas establecidas, ya por la contratación de trabajo a destajo. También se puede introducir una mejora tecnológica que incremente la capacidad productiva de la mano de obra, lo que incluso hace admisible la elevación de los salarios unitarios, a condición de que dichos aumentos sean menores que el incremento de la productividad del trabajo. Un medio que trasciende el ámbito

² Los cargos contables para depreciación constituyen la expresión monetaria de este fenómeno. Se supone que los fondos formados a este propósito son el equivalente al desgaste de los bienes de capital, el cual es, a su vez, la contrapartida de la reincorporación del valor acumulado en éstos al proceso productivo. Véase M. Dobb, *Economía política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

de la unidad productiva y que usualmente es aplicado a fin de elevar el lucro consiste en el aumento del precio relativo de los bienes elaborados, dentro de las limitaciones mercantiles del momento particular.

El hecho de que los precios se eleven en relación con el nivel de los salarios implica de esta manera una redistribución del ingreso a favor del capital, o sea, un incremento del lucro.³

Es claro que la operación de los diferentes medios para aumentar el lucro -que por cierto no son excluyentes entre sí- solamente es viable en la medida en que el aparato institucional, las normas jurídicas y la organización social así lo auspicien. No en balde se transforma el respeto a la propiedad privada en el eje de la cultura capitalista, lo que desde luego es la contrapartida estructural de las normas de funcionamiento de la economía.

Tal como hemos visto antes, la infraestructura económica condiciona las funciones y las características del cuerpo social -la lucha de clases, la estratificación social, etc.-, así como la existencia de elementos peculiares de la superestructura, como es la ideología que va conformándose en torno a la preeminencia de los valores a que da lugar el capitalismo, y su sanción en códigos de comportamiento. De esta manera, se proclama la plena libertad de movilidad de los factores de la producción como respuesta a una necesidad específica del funcionamiento de la economía capitalista. Esto significa tanto una libertad relativa para el trabajador en cuanto a la elección del lugar y actividad en la que puede alquilar su capacidad de trabajo, como la posibilidad para el empresario de contratar la fuerza de trabajo en mercados libres y, por ello, a los menores precios posibles del momento.

³ Véase C. Marx, *El Capital*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

Una categoría de gran importancia para nuestro análisis consiste en el concepto de excedente económico. El examen de su origen y utilización permite detectar algunos de los elementos principales que identifican el fenómeno del desarrollo capitalista, así como el mecanismo de creación y de asignación del producto social, y facilita la apreciación de las relaciones de producción y de organización social que son necesarias para la obtención de un excedente.

No menos importante es la evaluación de la forma como se distribuye ese excedente, ya sea según sectores sociales, factores de la producción, sectores de la actividad económica (agricultura, industria, etc.), y según la división del fenómeno en acontecimientos originados en el ámbito interno y en el resto del mundo.⁴ También es esencial la determinación de los medios que se utilizan para llevar a cabo esa distribución del excedente: cuotas, tributos, precios, etc.

La organización de la producción capitalista en torno a la utilización de mano de obra con el fin de producir bienes para el cambio y obtener un lucro, así como la forma de efectuar la acumulación de capital y el consumo, ha sido motivo de incontables estudios. Igualmente, lo ha sido la forma como este sistema de producción ha evolucionado y se relaciona con la formación de capital, el cambio tecnológico, el crecimiento demográfico, la lucha de clases, la influencia de los cambios de la demanda, la operación monetaria y crediticia, etc.

De acuerdo con el nivel de generalidad que estamos manejando, será suficiente para nuestros propósitos de esquematización del sistema capitalista el hacer referencia a ciertos aspectos

⁴ El tratamiento global del concepto de excedente, y su aplicación para examinar el funcionamiento del capitalismo, está contenido en la obra de P.A. Baran, *La economía política del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, así como en P.A. Baran y P.M. Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 1968.

característicos de orden global y apuntar, cuando sea necesario, las cuestiones de detalle que sean relevantes.

Las formas de producción de un país capitalista desarrollado se caracterizan por una permanente incorporación de nuevas tecnologías, debido al incentivo del mayor lucro que se logra mediante la elevación correspondiente de la eficiencia. La reducción de costos que conlleva el uso más eficiente de los factores caros crea un incentivo permanente para la actividad productiva de los empresarios. Ello induce a que parte del gasto se oriente a financiar actividades de investigación científica y tecnológica.

Las múltiples formas de repartición del excedente producido -vía distribución del ingreso, mecanismo mercantil de precios, flujos financieros y bancarios, cuotas, etc.-, a más de ser características en cada etapa de la evolución capitalista, influye no sólo en la distribución final de ese excedente, sino también en su utilización. Así, por ejemplo, los mecanismos inflacionarios pueden determinar una concentración del excedente en un sector económico determinado y en un estrato social específico y, al mismo tiempo, inducir preferentemente su uso en forma de consumo, o su aplicación a la especulación financiera con bienes raíces, o a la formación de capital en actividades productivas.

Este funcionamiento, además de auspiciar cambios característicos en la ocupación, en la urbanización y en la expansión de los servicios, crea impulsos poderosos que inciden sobre la organización del trabajo y del capital, y también crea mecanismos de canalización de presiones sociales e influye en la forma de solución de conflictos. Así, las luchas sociales, las exigencias por niveles de consumo más elevados, las demandas de la educación, entre otros, son en gran medida resultantes de las normas de operación del sistema y, en muchos casos, se convierten en

factores que pueden determinar nuevos cambios y avances sociales.

Esto significa que el cuerpo social tiene un elevado dinamismo interno que pone en acción diversos ciclos evolutivos. Por ejemplo, la lucha de clases dentro de un contexto de acelerado cambio social, acompañado de incrementos del ingreso y de una rápida ampliación de la clase media como consecuencia del aumento de la demanda de servicios, puede diluirla en unos casos, reducirla a aspiraciones exclusivamente económicas en otros, y en general, puede surgir la "aristocratización" proletaria en otros más. Cada una de esas posibilidades se da de acuerdo con las circunstancias de cada sociedad, si bien, una vez que suceden, influirán poderosamente en el funcionamiento general, incluyendo la dinámica del cuerpo social. Asimismo, la interdependencia entre formas de producción y superestructura es, en diversos períodos del acontecer capitalista, de elevada importancia en la determinación de la dinámica del conflicto social. En ocasiones, sus características operan como aceleradores del conflicto y en otras lo frenan.

La dialéctica del desarrollo se concentra en gran medida en las diferencias cualitativas y cuantitativas de la evolución del sistema social bajo circunstancias sucesivas de auge y de crisis, matizadas por la influencia de los resabios que dejan tanto la acción de los impulsos pasados como las reacciones a que dan lugar. Así, por ejemplo, un auge puede hacer más grave una crisis posterior, en la medida que ese auge -suficientemente prolongado e intenso- haya transformado estructuras hasta el grado de producir modificaciones irreversibles en el corto plazo. Tal es el caso de niveles y formas de consumos, o de cambios en la estructura ocupacional, asociados específicamente a una etapa de expansión. El caso opuesto corresponde al fenómeno de la vitalidad de estructuras sociales y culturales surgidas a la sombra de actividades esporádicas intensas,

que rehúsan desaparecer cuando dichas actividades declinan (por ejemplo, el síndrome del henequén en México).

Las relaciones vitales del capitalismo -algunas de ellas ya señaladas- dependen de una gran diversidad de condicionantes cuya operación es decidida por diferentes sectores, instituciones e individuos. Esta característica es una de las fuentes de la vigorosa capacidad del capitalismo para movilizar posibilidades de expansión con elevada eficiencia, pero también es el origen de formidables desajustes.

Algunos de los principales desajustes surgen de la incompatibilidad intrínseca del sistema en el sentido de exigir, para su supervivencia, de una expansión económica sostenida, la cual se basa en la mayor concentración posible del ingreso (o sea, de la capacidad de consumo) en los propietarios del capital y, al mismo tiempo, esa expansión deberá sustentarse en una demanda igualmente creciente que depende, entre otros factores, de la distribución del ingreso. Numerosos argumentos se esgrimen en torno a esta cuestión -el papel del gasto público, la política fiscal y de seguridad social, el capitalismo popular-, todos los cuales se reducen a la misma disyuntiva final: crisis inevitables o modificación del sistema.

En el caso de una sociedad capitalista aislada el problema de su funcionamiento, incluyendo el origen y solución de las crisis cíclicas, habría de encontrarse en sucesivos ajustes a base de variaciones de las funciones vitales.

Al incorporar las relaciones con el exterior se modifica sustancialmente el panorama. Se ha examinado en otro lugar, la tendencia del sistema capitalista a internacionalizar sus circuitos operativos, al igual que sus relaciones fundamentales de orden estructural. El país hegemónico está, por definición, capacitado

económica y militarmente para imponer las pautas comerciales, productivas y financieras, así como de política económica general, al conjunto de países asociados a su operación. En la medida que ello suceda, se establecerán normas de canalización internacional de excedentes -vía precios, mecanismos financieros, tributos, etc.-, así como de transmisión de efectos de las crisis, con lo que los países satélites desempeñarán, en este aspecto, el papel de amortiguadores al absorber parte de las consecuencias de aquéllas.

Veamos brevemente algunas de las características principales de los países subdesarrollados que prevalecieron hasta antes de su parcial industrialización, a mediados del presente siglo, en comparación con las referencias anteriores que hemos hecho acerca de las sociedades hegemónicas. La razón de limitar esta comparación a las características del atraso capitalista, que se dieron hasta la década de los años cincuenta, reside en que esquematiza con mayor claridad las diferencias entre los dos tipos de sociedades, así como sus relaciones entre sí. Más adelante, se examina el contenido, significado y origen de las nuevas pautas que prevalecen hasta nuestros días.

En el ámbito interno, las naciones subdesarrolladas se caracterizan por el marcado bloqueo que tienen sus respectivas infraestructuras para usar más eficientemente las capacidades de producción (de acuerdo con la tecnología de la época), así como por los numerosos obstáculos a la evolución de la técnica productiva. Como consecuencia es posible distinguir dos funciones de producción claramente diferenciadas, según las características de dos tipos de actividades:

a] La producción comercial, cuyos elevados márgenes de lucro se originan en su posición privilegiada la que, al mismo tiempo, auspicia su permanencia. El diseño de la producción se efectúa con frecuencia con base a criterios poco relacionados con problemas de

eficiencia, ya que las condiciones de la producción no otorgan un peso elevado a los costos que enfrenta. La tecnología se incorpora en razón del sostenimiento de volúmenes de utilidades -y en muchas ocasiones por simple moda, prestigio, propaganda, etc.-, más que en variaciones de los márgenes o de las tasas de dichas utilidades, lo cual explica también algunas asombrosas adquisiciones de exóticos bienes de capital en sociedades sub-desarrolladas;

b] La producción orientada a satisfacer demandas locales en la que, usualmente, la reducida capacidad de acumulación de capital impide su expansión. Al mismo tiempo, esta condición asegura la operación de las pequeñas unidades productivas -sobre todo de talleres artesanales- al crear áreas de influencia delimitadas, sin competencia, y con un mercado limitado pero igualmente seguro. En las actividades agrícolas incide poderosamente la práctica del autoconsumo para la preservación de las normas de operación y de supervivencia de la unidad productiva, protegida de esta manera de las variaciones de los precios en los mercados, pero igualmente impedida para expandirse. Esta práctica auspicia la existencia nacional de mecanismos arbitrarios de precios, al inducir la especulación mediante la venta del núcleo autoconsuntivo de sus excedentes a precios bajos, lo que a su vez impide la supervivencia económica del pequeño productor capitalista. De aquí la usual relación de precios reducidos a los productores, precios elevados a consumidores, bajos volúmenes de oferta y grandes utilidades de los comerciantes. Esta situación también es la base de la viabilidad y atractivo de la explotación extensiva de carácter latifundista.

La caracterización y diferenciación de los dos tipos de producción, da lugar a una aparente dicotomía, pero ésta sólo representa facetas o aspectos externos de un solo fenómeno. Es necesario establecer la relación entre estos dos tipos de producción que parecen divorciados cuando no antagónicos, aun cuando en realidad son interdependientes.

En el subdesarrollo se establecen circuitos de interdependencia, al igual que en la sociedad desarrollada, pero de características diferentes. Por ejemplo, la tecnología aplicada constituye una demanda que se compone de dos tipos de bienes de capital: unos de ellos sencillos, de fácil manufactura, principalmente destinados al sector tradicional; otros, bienes de capital altamente especializados que demanda el grupo de productores que operan en el ámbito comercial. En el caso de permanecer aislada esta sociedad, dichas demandas habrían de auspiciar actividades industriales dedicadas a satisfacerlas, poniendo en operación funciones manufactureras complejas que culminarían en nuevas proposiciones tecnológicas y científicas.

Sin embargo, ello no sucede así, en primer término, porque la existencia de esa dicotomía es la resultante de la poderosa influencia de la relación externa, la cual incluye la facilidad de obtener de esa esfera la tecnología especializada y los correspondientes bienes de capital para ejercerla. Ello es resultado de la diferencia preexistente entre las sociedades adelantadas y atrasadas, por lo que los incentivos internos para la evolución tecnológica tienden a convertirse en demandas de importaciones, lo que a su vez significa la clausura de posibilidades de evolución productiva, técnica y cultural.

El contraste entre países en cuanto a la base infraestructural disponible, junto con las diferencias en las pautas de formación de capital, en la manera como se organiza la producción, en la forma de incorporación del trabajo y en sus niveles de capacitación, ha dado lugar a varias proposiciones acerca de la causalidad circular del atraso.⁵ Aun cuando existen marcadas diferencias en todas estas cuestiones entre países adelantados y atrasados, sin embargo

⁵ Véase, por ejemplo, G. Myrdal, *Asian drama*, The 20th Fund, 1968.

son en gran medida resultado y no causa, lo cual no implica que su modificación sea inútil sino todo lo contrario.

En efecto, hemos visto que la motivación para emprender la formación de capital, que en el caso "de un productor operando en una sociedad desarrollada podría ser la tasa de utilidades y en muchos casos la necesidad de supervivencia de la empresa, en el caso del empresario subdesarrollado lo más frecuente es que el incentivo consista en el volumen global de utilidades. La inversión requerida para la introducción de cambios tecnológicos y los gastos de investigación científica son, en el primer caso, una necesidad vital para la supervivencia de la unidad productiva, impuesta por las normas de operación de la sociedad, y en cambio, en el país atrasado, es con frecuencia sólo un capricho exótico, ya que las variaciones de los márgenes de utilidad, que con frecuencia se obtienen por medio de la manipulación de costos y de precios, no demandan el avance técnico. De aquí que el avance técnico del aparato productivo subdesarrollado tenga lugar principalmente por efecto de las nuevas unidades productivas, usualmente explotando nuevas ramas, y no por la modernización del aparato existente.

Por otro lado, la construcción de obras básicas en el caso del país desarrollado es una consecuencia de la combinación del excedente socialmente disponible -a través de las estructuras financieras, en su mayor parte-, de la necesidad de explorar nuevas oportunidades de lucro, de la presión creada por la competencia establecida y de la intensa utilización de las economías externas asociadas a las inversiones básicas.

En el país subdesarrollado, en cambio, el capital se acumula en los contados productores comerciales, usualmente exportadores, grandes comerciantes y financieros, que no se interesan por pequeños negocios y que norman su criterio económico por volúmenes de ganancia y no por el margen de las mismas. Por ello,

los canales financieros actúan linealmente, orientados al apoyo de las únicas actividades dinámicas que además dan lo suficiente para que el país como conjunto vaya tirando. Las obras básicas requeridas son las que sirven a las actividades dinámicas, y no las que sirven para crear una economía adicional que incentive nuevas líneas de producción. Su utilidad consiste en disponer de medios para efectuar la producción y extracción de exportaciones. El resto de las actividades en general no demandan por sí mismas nuevas obras básicas, ya que su horizonte de operación es usualmente local -con la notoria excepción del comercio-, dentro de un sistema de precios que ha sido establecido y es manipulado en razón de las condiciones de producción existentes y no para la expansión del sistema.⁶

Estas normas de operación condicionan necesariamente el surgimiento de poderosas influencias que se ejercen sobre el contenido y organización del cuerpo social. En el subdesarrollo surgen tendencias de marcado contenido aristocrático en la cúspide económica, que coexiste con mezclas diversas de inclinaciones laborales por la organización gremial de profusa disgregación y, con frecuencia, con un marcado aislamiento geográfico que colabora a su baja cohesión. El gran peso demográfico de los sectores productivos tradicionales, y el movimiento de entrada y salida de población de este tipo de actividades, matiza fuertemente la organización del cuerpo social. Debe considerarse que la forma de relación del trabajo en la sociedad subdesarrollada -es una resultante final de la suma del sistema mundial y de su versión autóctona (habida cuenta de que, en cierta medida, ésta es función de ese sistema mundial). Por ejemplo, la forma de explotación del trabajo en la época colonial era principalmente una resultante de las normas prevalecientes en la metrópoli matizadas por las

⁶ De lo anterior se deriva lo acertada que es la descripción externa del fenómeno del subdesarrollo que efectúan los teóricos de la causación circular, y, al mismo tiempo, la falacia de los supuestos causales que se postulan como fundamento de sus proposiciones de política del desarrollo.

características locales. Lo mismo, sólo que un poco más evolucionado, sucede actualmente en el país subdesarrollado, en cuanto a que los factores que determinan la condición laboral son una resultante de las tendencias mundiales y de las características nativas.

Por otra parte, en los sectores que se dedican a la producción comercial es frecuente que los estratos laborales se encuentren en condiciones privilegiadas en relación con el resto de la población, lo cual auspicia un sentido aristocrático en estos núcleos. Ello, además de indicar la magra situación del resto de la población ocupada, es causa adicional de aislamiento, de falta de cohesión en el sector laboral, de corrupción sindical, entre otros efectos.

Todas estas condiciones, apoyadas por una organización política que refleja y propicia estas normas de funcionamiento, influyen poderosamente sobre la dinámica social. La gran masa trabajadora, sujeta además con frecuencia a discriminación racial por parte del estrato dirigente, se encuentra disgregada y en condiciones poco favorables para plantear conflictos sociales, además de que, cuando sucede, está sujeta a brutales represiones. La clase media, usualmente mestiza, de reducida amplitud demográfica y siempre aspirando a "pasar" racial y económicamente por aristócrata, se encuentra permanentemente con los ojos vueltos hacia el poder, y bajo la amenaza constante de retornar a la clase trabajadora.

De aquí la falta de organizaciones, de prácticas en la negociación laboral y en la exigencia de derechos a la participación política o económica, de iniciativa personal y de espíritu de empresa y, todo ello, a pesar de los patéticos intentos de imitación de los logros institucionales alcanzados en otros países. Naturalmente, a estas condiciones corresponde la acumulación de presiones sociales que resultan en brutales explosiones anárquicas de rebeldía y de asonadas sangrientas, que con frecuencia no tienen consecuencias

sobre el desarrollo del país, cuando se limitan a sustituir núcleos de dirigentes políticos y a modificar aspectos menores del cuerpo social.

En la superestructura, el subdesarrollo encuentra expresiones culturales características. Las estructuras rectoras -religión, codificación legal, valores- se caracterizan por su orientación a la restricción, al bloqueo, a la negación. Se obstaculizan las funciones sociales dinámicas, ajenas a los intereses de los núcleos dirigentes -o sea, casi todas- con el fin de preservar estático el sistema. También se producen pautas consecuentes con el acontecer del subdesarrollo. Por ejemplo, el folklore abunda porque la vida está limitada a los ámbitos locales, porque existe tiempo para practicarlo, porque responde a utilidades cotidianas, porque se es subdesarrollado. La brujería se practica porque no está presente el médico y porque es una magia más tangible que las religiones semítico-sajonas. Entre los valores prevalecientes, la competencia, el afán de lucro y el interés por el cambio tecnológico tienen reducida ponderación, ya que las condiciones de existencia impiden la práctica de estas virtudes.

A lo largo de la exposición anterior se insinúa la estrecha relación que guardan la historia del país subdesarrollado, la forma como se establecen las relaciones capitalistas con el exterior y las funciones internas de los componentes de la sociedad. La perturbación en la estabilidad de la interdependencia estructural de una sociedad atrasada obviamente puede surgir en el ámbito interno y resolverse en el mismo, pero, igualmente, una parte sustancial de sus funciones dinámicas internas estará determinada por su relación con el exterior. De aquí la necesidad de examinar con detalle el contenido y evolución de esa relación externa, siempre en contraste con la dinámica interna, para conocer el trasfondo del subdesarrollo y su evolución.

Dinámica del atraso capitalista latinoamericano

Con el fin de apreciar la forma de evolución de algunas características básicas del subdesarrollo, y tomando en consideración el tiempo histórico de esta condición, habremos de examinar las particularidades del acontecer capitalista. Para tal fin, es necesario diferenciar con claridad las etapas peculiares que ha observado la evolución de esta forma de producción.

La primera etapa está constituida por el período en el que prevalece en la economía de los países dominantes una demanda de inversión que supera ampliamente al ahorro generado internamente, creando por ello un marcado desequilibrio entre sus funciones que afecta tanto a la propia sociedad como a los países que domina. Pese a que pueden detectarse subperíodos en los que algunos de los centros capitalistas alcanzan temporalmente la posición de acreedores netos, la característica general que prevalece en los centros hegemónicos en esta etapa es la de requerir mayor inversión que la que permite su ahorro interno.

La segunda etapa se caracteriza por el desequilibrio en sentido contrario de la relación ahorro-inversión, o sea, cuando la metrópoli alcanza un grado tal de expansión que el ahorro excede las necesidades de inversión interna y debe, por tanto, encaminarlo al exterior para solucionar el desajuste que crea dicho fenómeno. Este tipo de perturbación afecta gravemente la relación entre las estructuras productivas y distributivas de la economía, dando lugar a desequilibrios similares a los expuestos en el capítulo anterior.

En el período que se extiende desde la etapa de expansión colonial (a la que corresponde en el tiempo las normas e ideas del mercantilismo), hasta los primeros tiempos del capitalismo industrial, se detecta una creciente demanda de fondos de inversión en Europa para poner en explotación los recursos naturales y

demográficos disponibles de ese continente. A este fin debían colaborar, en varias formas y sentidos, las áreas coloniales que, por un lado, representaban mercados para las manufacturas europeas y, por otro, aportaban valor en forma de materias primas y alimentos baratos a través de los medios comerciales y de los mecanismos monetarios, tales como el envío de tributos y de exacciones diversas, la transferencia de fortunas privadas a la metrópoli, etc. Todas estas vías forman, en conjunto, una corriente permanente de financiamiento real que se dirige al país dominante. Como contrapartida, existe la formación de capital inicial en algunas actividades coloniales -minería, ingenios azucareros-, y la inmigración de mano de obra europea, que en todo tiempo fueron, en ambos casos, de reducida dimensión.⁷

Los acontecimientos que tienen lugar en la esfera económica van introduciendo modificaciones en el cuerpo social y en la superestructura de los países metropolitanos. La elevación del ingreso, producida por la intensa actividad económica, va creando bases para una demanda más diversificada, tanto de alimentos como de bienes de consumo en general. Por otro lado, la apertura e intensificación de las relaciones coloniales modifica profundamente el sistema anterior de operación de la economía, no sólo por los cambios que se introducen en el comercio y en las corrientes financieras, sino también por la transformación de las relaciones globales de producción, todo lo cual se traduce en repercusiones sobre las relaciones entre las clases sociales, sobre la operación de las instituciones, y, en fin, sobre los conceptos políticos correspondientes.

En efecto, la gran expansión comercial fue el inicio de la profunda transformación que tuvo lugar en las relaciones económicas, ya

⁷ Una ilustración de la modesta importancia de estos fenómenos consiste en el número de peninsulares que se encontraban en las colonias americanas al final de la dominación, que se estima en menos de 200 000.

que mediante el colonialismo se habían incorporado nuevos recursos y población a la producción y el intercambio mundiales. Además, esta incorporación se efectuó con frecuencia imponiendo -o aprovechando- relaciones de producción no capitalistas, por ejemplo, las constituidas por el trabajo servil que creaban una virtual subclase trabajadora en condiciones de ser explotada por y para ventaja de la sociedad colonizadora y de sus representantes nativos.

La influencia de estos y otros factores económicos peculiares de la relación colonial perturbaron profundamente la conformación del cuerpo social y de la superestructura de la sociedad metropolitana. En efecto, se fueron creando elementos culturales que reflejaban directamente la evidencia de que existía esa subclase trabajadora colonial, entre ellos, tal vez el más conspicuo, el de la idea de la superioridad racial europea, que era el equivalente de considerar el bienestar de que gozaba la población producto exclusivo del ingenio y labor local.

También se matizaron los conflictos entre las clases sociales, tanto por la mejoría general de las condiciones de vida en forma desproporcionada a los niveles de actividad (debido al excedente extraído de las colonias), como por el escape que constituía la emigración laboral hacia las áreas coloniales.

Al mismo tiempo que tenían lugar en Europa las transformaciones sociales indicadas, las áreas coloniales estaban sujetas a las formas que tomaban las relaciones internacionales, acordes con los cambios en aquel continente. Así, por ejemplo, al pasar de la etapa de interés puramente mercantil de los descubrimientos y de la fundación de centros periféricos de intercambio comercial, a la de ocupación y explotación directa de los recursos y de la población nativa -a mediados del siglo XVI-, las metrópolis transformaron

profundamente las características de sus relaciones con las colonias.

La poderosa presión económica y militar que ejerció España para adosar a su dominio las colonias, determinó en éstas una evolución característica. Por un lado, la imposición de las relaciones coloniales introdujo en las áreas dependientes la orientación de sus principales recursos hacia la producción de bienes para la exportación, la cual habría de dirigirse exclusivamente a la metrópoli. Para iniciar estas actividades, que fueron preponderantemente mineras en una primera etapa y, en una segunda, también de agricultura estacional y ganadería, así como de plantaciones más adelante, se efectuaron inversiones que sólo en una mínima parte fueron financiadas por España. De allí en adelante, casi todas las expansiones al aparato productivo se efectuaron aplicando a esta finalidad parte del excedente creado localmente.

En el inicio de la explotación colonial todo el estrato dirigente estuvo constituido por europeos y sólo posteriormente fueron incorporándose mestizos y nativos, en la medida en que se extendía el mestizaje y las formas de explotación colonial a todo el ámbito de la sociedad. Solamente las comunidades marginadas que por circunstancias geográficas y de organización social habían logrado romper o impedir toda relación económica con el resto de la sociedad pudieron evadir la poderosa influencia del sistema de interacciones formado por la metrópoli y la colonia.⁸

En todos los casos el efecto para la colonia consistió en una brutal extracción del excedente creado y en la imposición de la

⁸ Esta elevada interdependencia de la producción colonial con las actividades exportadoras fundamenta la tesis de A.G. Frank, acerca de la inexistencia de relaciones feudales en el pasado latinoamericano. Véase en A.G. Frank, *Latin America, decrepit castle with a feudal seeming façade*, Monthly Review, 1963). Sin embargo, la definición de sociedad feudal puede comprender otras categorías, además de la naturaleza de la relación comercial entre colonia y metrópoli, y complicar con ello el planteamiento. Véase *La transición del feudalismo al capitalismo*, M. Dobb y otros autores, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1967.

especialización de la economía en actividades productoras de bienes primarios destinados a la metrópoli. En cambio, el resto de las actividades económicas, o sean las que se dedicaban a la elaboración de productos para la satisfacción del consumo interno, mantenían una posición muy secundaria en la economía. Ello se debe, en gran medida, a su limitado campo de acción, ya que se les permitía existir a condición de que su producción no compitiese con los intereses de los productores metropolitanos.

En vista de que estos intereses giraban preferentemente alrededor del comercio y de algunas manufacturas, se establecieron numerosas restricciones a la industrialización y al comercio de la economía dependiente, reduciendo sus perspectivas de crecimiento casi exclusivamente al incremento de las exportaciones de bienes primarios y a la producción de alimentos agropecuarios para uso interno.

En mayor o menor medida, la dinámica social de las colonias fue creando estratos que entraban en conflicto con el resto del sistema, debido a que éste funcionaba bajo tales normas de organización que determinaba una reducida disponibilidad de oportunidades de ocupación y de dirección política para los nativos, además de imponer una violenta explotación de indígenas y esclavos. La búsqueda de soluciones a estos impedimentos desembocaba necesariamente en los proyectos de ruptura de las inflexibles ligas económicas y políticas con la metrópoli, con el fin de intentar la apertura a los mestizos de algunos compartimientos de la economía de los muchos que se mantenían bajo la exclusividad de los peninsulares. Al mismo tiempo, tenían lugar movimientos paralelos de corte popular que planteaban directamente la liberación de la mano de obra. Todo ello culminó con la revolución de independencia.

La primera mitad del siglo pasado (XIX), y buena parte de la segunda, se caracterizó por los cambios en la influencia europea, que van desde la desaparición de la presencia española y el gradual aumento de la inglesa, hasta los patéticos y fallidos esfuerzos franceses por practicar la pauta colonial tradicional. A esto se añaden las primeras aperturas de influencia comercial norteamericana, principalmente en forma de exportaciones en la costa atlántica.

En el proceso de cambio del origen y de la forma de las influencias exteriores a que estaba sujeto el continente americano, tuvieron lugar dos evoluciones características. Por un lado, se producían nuevos impulsos internos en el país atrasado, que a su vez activaban ciertas funciones e inducían con ello una dinámica de transformación que afectaba al conjunto de la sociedad. Por otro, la sustitución de las formas de influencia externa auspiciaba el surgimiento de nuevos grupos de poder y la operación de nuevas variables sociales, al mismo tiempo que algunos de los conductos principales de transferencia de impulsos externos, que habían operado durante el período colonial, se iban abandonando. Es de suponer que la multiplicidad de modificaciones habría de afectar tarde o temprano y en algún grado a todos los componentes de la sociedad ex colonial.

Al incrementarse la influencia inglesa, cuando el Imperio logró la hegemonía económica (desde mediados del siglo XIX), las relaciones comerciales se intensificaron y absorbieron cada vez más países en la esfera comercial-productiva creada por la economía moderna, provocando con ello dos efectos principales. El primero: al ser incorporada una economía a las nuevas relaciones comerciales, se inicia un gran auge interno en la nación dependiente, ya que se amplía súbitamente el campo de las exportaciones bajo condiciones de precios particularmente

favorables. El segundo, y como consecuencia de esa incorporación: se incrementan las inversiones en obras básicas y con ello la actividad económica general, el ingreso y la disponibilidad de divisas, mismas que son dedicadas a la adquisición de abundantes bienes manufacturados, generalmente novedosos, tanto para fines de formación de capital como para el consumo. En general, estos bienes son más baratos que los nacionales, cuando los hay, y usualmente de mejor calidad, todo lo cual es de elevada importancia en la determinación de las pautas inmediatas y futuras de funcionamiento de la economía.

Esta apertura a la abundancia relativa lleva en sí misma la condición que auspicia las presiones favorables al subdesarrollo, las que se habían debilitado correlativamente con el cambio de la relación externa durante los primeros años de la etapa independiente. En efecto, el auge del sector externo introduce las condiciones para que sobrevenga la invasión de importaciones de bienes manufacturados, que por precio y calidad -apoyados por eventuales prácticas comerciales de control del mercado y en casos extremos por agresiones militares- destruyen parte de la precaria industria que había logrado sobrevivir y progresar, e impiden los intentos de creación de nuevas actividades manufactureras. De esta manera, las neocolonias son ajustadas de nuevo a su papel secular de ser consumidoras de importaciones industriales y productoras especializadas de bienes primarios y de alimentos no elaborados para la exportación, todo ello gracias al auge temporal de las ventas al exterior.

Los ajustes del cuerpo social y de la superestructura de la neocolonia a la nueva pauta corresponden plenamente a la elevada especialización del sistema productivo y al auge inicial creado por la incorporación del país a los beneficios de la nueva dependencia externa. Los núcleos de propietarios de la tierra, de comerciantes y, en etapas posteriores, de administradores públicos y financieros,

constituyen la cúspide de la pirámide social cuyos intereses económicos y culturales se encuentran cada vez más identificados con los de la metrópoli.⁹ Con frecuencia, las actividades productivas más ricas del país, o sean las dedicadas a las exportaciones, son manejadas directamente por extranjeros, pero, sea o no el caso, surge una estructura de poder y de organización acorde con la orientación preferente del sistema hacia el exterior. La mayor parte de los beneficios que quedan en el país dependiente se concentran en la cúspide social, aun cuando también se trasmite el auge del ingreso y del consumo a la mayoría de la población.

La abundancia económica inicial explica en gran medida la elevada docilidad del conjunto de la población, por lo menos al principio de esta transformación, para aceptar las nuevas disposiciones económicas. En la amplitud del período de docilidad de la población influye definitivamente el grado en que se destruyen las pautas tradicionales de vida a través de la migración, del cambio ocupacional, de las nuevas pautas de consumo y de los cambios en las normas de organización familiar, que puede marcar a toda una generación con una pasividad casi contemplativa, que se origina en la comparación de la situación personal del individuo antes y después del auge.

La operación abierta de la economía que se implantó con la nueva pauta de relación con el polo de dependencia, no sólo se debió a una exigencia metropolitana sino que, en general, fue adoptada con gran entusiasmo por los países dependientes debido a sus ventajas inmediatas, si bien la norma de operación abierta también implicaba que la incidencia de los acontecimientos del mundo externo sobre la economía era directa sin ningún amortiguador. Esto opera igual en todas las circunstancias, lo que supone que en

⁹ En esa etapa de la historia del atraso, el estrato militar, que eventualmente puede desempeñar papeles autónomos, se mantiene como fiel servidor de los intereses más poderosos, o sean los de los exportadores.

la etapa inicial de auge el país atrasado pudo gozar plenamente de éste sin necesidad de reservar excedentes para otras funciones económicas que no fueran las de un abundante y dispendioso consumo inmediato. Dentro de este consumo, aparecen volúmenes crecientes de importaciones, sobre todo de bienes no esenciales que fluyeron sin límites, dando con ello el tono de alegre derroche al período de incorporación del país a las corrientes modernas del intercambio.

En las etapas de crisis exterior, la variación de las exportaciones generalmente se transmitía al conjunto de la economía como un efecto depresivo a través de la reducción del ingreso de los exportadores y, de aquí, a la ocupación de trabajadores que laboraban directamente en estas actividades y a su respectivo ingreso. Todo ello repercutía de inmediato sobre el resto del sistema económico al disminuirse las compras internas de productos de otros sectores por la contracción del ingreso asociado al exterior, lo que era de elevada importancia en vista de que las actividades exportadoras se habían convertido en el eje de la economía. No menos importante es el hecho de que las variables monetarias se encontraban cada vez más determinadas por esas actividades. De aquí que los cambios externos, en cualquier sentido que tuvieran lugar, condicionaran efectos inmediatos en todo el resto de la economía dependiente.

En la etapa de auge, los flujos y prácticas comerciales que imponía la especialización internacional a la economía dependiente la colocaba en la situación más inadecuada con respecto a las posibilidades de crear una economía nacional. Este proyecto, que habría de efectuarse mediante la diversificación de las actividades productivas, quedó frustrado por la forma de operación del sistema económico central y, en la medida en que tuvo lugar esa frustración, también se reforzó la vitalidad de estructuras sociales, políticas y culturales que favorecían el mantenimiento de las

relaciones de dependencia con la metrópoli, lo que equivale a auspiciar y favorecer los factores que determinan el atraso del país. Las fuentes del subdesarrollo en las épocas de prosperidad externa se encuentran, de esta manera, en la forma interna en que la sociedad atrasada acepta las relaciones que inevitablemente operan en el ámbito de funcionamiento del sistema capitalista.

En los períodos de contracción el país dependiente procuraba soluciones a la peligrosa reducción de la actividad económica, mediante el impulso de la producción interna que inevitablemente culminaba con la necesidad de industrializarse. La creación de una industria nacional chocaba con los intereses de la metrópoli manufacturera que siempre están apoyados por las armas, y con la resistencia de los estratos internos identificados con esos intereses, o sean, la mayoría de los exportadores, los administradores de la política liberal, comerciantes, financieros, así como amplios sectores de la clase media que tenían la virtud de confundir, con frecuencia, los valores morales con los intereses económicos. Debido a esta abundancia de resistencias internas y externas, el proyecto de creación de una economía nacional en torno a la erección de una industria propia se radicaliza y, para lograr sus propósitos, debe renovar partes de la estructura social y remover el aparato político con el fin de efectuar los pasos necesarios para poder aplicar las medidas de solución al atraso.

De esta manera, en el período recesivo -si de suficiente amplitud y profundidad- surgía como reacción a la crisis y como solución vital, la estrategia global de intentar la erección de la economía nacional. Sin embargo, la tarea era formidable por cuanto planteaba la lucha con el poderoso exterior que precisamente en esa etapa necesitaba con mayor urgencia del apoyo de sus actividades productivas y, por tanto, de su demanda externa. A ello se sumaba la resistencia de los sectores internos cuyas

preocupaciones estaban ligadas a las exportaciones, que veían peligrar sus intereses económicos -por efecto de la elevación inevitable de los costos de producción- y sentían que se debilitaba su hegemonía política. A estos serios obstáculos se añade la debilidad interna del sistema productivo y de consumo. Con frecuencia el país estaba incapacitado para dedicar parte del producto creado a la formación del capital básico indispensable, debido a que su especialización internacional determinaba que el excedente se produjese en forma de bienes primarios para exportación -que decaía en el período de crisis- y no en los bienes de capital que habría de requerir en esta nueva etapa. El problema de formar el capital básico era el primer obstáculo que debía resolver el país en su camino de eliminación del subdesarrollo.

La posibilidad de crear un ámbito económico nacional que permita la expansión de las fuerzas internas, y que libere al sistema de la dependencia colonial -moderna o antigua-, se transforma en la aspiración más importante del país. Las metas inmediatas consisten en la creación de los medios idóneos para lograr estas finalidades. Esto es, la industrialización y la derrota del exterior, así como el desplazamiento de estratos identificados con esos intereses, se convierten en las metas vitales para la salvación nacional. Para que este proyecto sea posible, se requiere que suceda, simultáneamente, la expansión de la producción agrícola y la creación de obras básicas de infraestructura, por difícil que esto sea.

Como consecuencia inevitable de este ambicioso proyecto, era de preverse el violento combate que trabaría la metrópoli en contra de estos intentos de industrialización. Esta causa se convierte, para el polo hegemónico, en cuestión vital para lograr la conservación de los mecanismos coloniales de operación, mantener su forma secular de crecimiento y la manera de obtener su bienestar económico. Para impedir la pérdida de la colonia se utilizan todos los medios necesarios que van desde la práctica comercial

tradicional, consistente en efectuar guerras de precios a las manufacturas elaboradas en las áreas dependientes, hasta presiones diplomáticas y militares, con el fin de impedir la erección de obstáculos arancelarios, la aplicación de prohibiciones al comercio o la afectación de los intereses metropolitanos ubicados en el país disidente. Todo ello a nombre de la democracia, de la libertad, del cristianismo y de la cultura.

La relación entre la metrópoli y la sociedad atrasada es muy sensible a las variaciones de la economía desarrollada. Esta elevada sensibilidad se ilustra en la dinámica de la propia dependencia, ya que guarda una clara relación con las fluctuaciones derivadas del sector externo, esto es, tiende a crecer en los períodos de bienestar y a ponerse en entredicho en los momentos depresivos, lo que en uno y otro caso repercute profundamente en las condiciones del desarrollo y del subdesarrollo.

Un aspecto de gran importancia que se desprende del carácter de esa relación externa consiste en la deformación de la dinámica de las clases sociales, producto del desmembramiento que de hecho ocurre en el sistema social conjunto, formado por la metrópoli y las áreas dependientes, en dos partes que en cierta manera se especializan y complementan: una dedicada a la elaboración preferente de materias primas y que es fuente de excedentes productivos; otra, que se dedica a la producción de manufacturas de toda especie y que es la receptora de los excedentes. De aquí que la evolución del cuerpo social conjunto, que se produce por efecto de la dinámica y solución de los conflictos sociales (y que son el fundamento del desarrollo de la sociedad), tiende a concentrarse en los sectores más complejos, o sean los relacionados con las manufacturas, los cuales se encuentran precisamente en la metrópoli. En la existencia de una elevada sensibilidad al conflicto social influye poderosamente la mayor vulnerabilidad del

sector manufacturero y de servicios ante variaciones de ingresos o de ocupación.

En cambio, los sectores dedicados a las actividades primarias -y ello es aplicable a países que funcionan de hecho como parte de los sectores primarios de un sistema mundial de producción- operan dentro de normas más simplificadas socialmente, que se expresan en gran medida en la menor especialización interna del trabajo y en una estratificación social más rígida. Ello, junto con la posibilidad de recurrir con frecuencia al autoconsumo y, en épocas recientes, también a la migración hacia los centros urbanos, permite diluir el conflicto social, ya que se efectúa la concentración de los efectos negativos en los sectores que están más incapacitados para reaccionar y, por ello, constituyen un enorme amortiguador de perturbaciones.

La moderación o docilidad colonial desplaza sensiblemente la capacidad de evolución del sistema atrasado hacia el polo de dependencia al reducir la frecuencia del conflicto, limitar su magnitud y deformar su expresión y su posibilidad de solución. Dentro de esta deformación, debe resaltarse el hecho de que el conflicto puede convertirse fácilmente en explosión incontrolada en la sociedad atrasada y tener efectos múltiples de orden político, mas, con frecuencia, sin transformar las normas de funcionamiento del conjunto del sistema.

Esta proposición de ninguna forma implica que el conflicto social que surge en la sociedad atrasada desaparece sin más trascendencia, sino, más bien, que su efecto positivo sobre la dinámica del país se reduce sensiblemente y que tal vez se acentúa, por consecuencia, en la otra parte del sistema total o sea en el país adelantado. Éste no sólo registra mayor número de conflictos, sino que también se encuentra en mejores condiciones para responder económica y políticamente a su solución.

De esta manera, existe una tendencia a las áreas dependientes a perder elementos de transformación social que podrían acelerar los mecanismos de cambio y evolución, la tendencia a la inercia que esto provoca -contrastada con las explosiones estériles- contribuye a deformar radicalmente la dinámica del cuerpo social y de la superestructura, determinando con ello la presencia y operación de muchos de los ingredientes del subdesarrollo.

Entre los factores notables del subdesarrollo se encuentran actitudes que para algunos autores son causas de este estado, por lo que para ellos su eliminación constituye la meta cuyo logro habrá de auspiciar el cambio que resuelva este síndrome social. Así, por ejemplo, la resistencia de la población atrasada a la adopción de técnicas modernas, la ineficiencia administrativa, la venalidad de funcionarios, el desprecio de la clase media por las actividades manuales y otros aspectos derivados de la situación subdesarrollada, se proponen algunas veces como las modificaciones que abrirán las puertas del desarrollo.¹⁰ Sin embargo, éstas son en gran medida sólo consecuencias lamentables de las peculiaridades del subdesarrollo que necesariamente está presente en todos los compartimientos de la sociedad atrasada.

Naturalmente que, al cambiar la pauta de evolución y de funcionamiento del polo de dependencia, en las áreas subdesarrolladas se modifica tanto el tipo y formas de influencia que recibe como las reacciones que sufre. De igual manera, al modificarse las características del área dependiente, ya sea que se cierre a las influencias del polo capitalista o que rompa de golpe las formas de relación secular, o ya sea que evolucione internamente, se

¹⁰ Véase, por ejemplo, E. Hagen, *On the theory of social change*, The Dorsey Press, 1962. También la crítica acertada y feroz a estas Corrientes hecha por A.G. Frank en "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", *Desarrollo Indoamericano*, núms. 9 y 10, Bogotá, Colombia, 1969.

cambiará todo el complejo sistema de interdependencias previas y afectará en algún grado al polo de dependencia.

Durante la etapa de predominio de la influencia inglesa sobre América Latina -1850 a 1900-, su pauta de operación fue principalmente comercial -venta de manufacturas y compra de bienes primarios- apoyada en poderosos mecanismos financieros. La madurez del sistema capitalista inglés de ese período no sólo permitía, sino que exigía, la exportación de capitales para sostener el crecimiento de las ventas de manufacturas y la expansión de toda su economía. Colocaba empréstitos abundantes y en condiciones generosas en comparación a las normas financieras internacionales de entonces y de ahora, y efectuaba inversiones directas cuando era necesario, ya fuese para acondicionar la infraestructura económica, ya para producir materias básicas de exportación. Usualmente implantaba un estimulante sistema circular de operación con el país de expansión que consistía en la venta de manufacturas, con frecuencia con base en empréstitos también ingleses, adquiría bienes primarios para su industria y también ocasionalmente emprendía su producción -sobre todo en el caso de minerales-, introducía un aparato financiero para el manejo de sus negocios y procuraba controlar el comercio exterior por medio de casas comerciales de súbditos británicos.

El conjunto de la política económica externa de Inglaterra se orientaba, en última instancia, a asegurar la exportación de manufacturas y a disponer de fuentes de materias primas, lo cual se efectuaba no sin fuertes fluctuaciones cíclicas. A esta finalidad se dirigía la operación de todos los instrumentos disponibles, ya fueran comerciales, financieros, consulares, diplomáticos y bélicos, los que eran esgrimidos en diversa intensidad y forma de acuerdo con el estado de los negocios de la metrópoli, lo cual imprimía una gran inestabilidad a los asuntos económicos de los países periféricos.

Con el cambio de polo de hegemonía mundial que gradualmente tuvo lugar desde finales del siglo pasado, al consolidar Norteamérica su expansión interna, cambiaron de nuevo las formas peculiares de operación capitalista. Ello se debió, entre otras razones, al hecho de que este país recién emergido de un proceso de crecimiento interno que se había caracterizado por haberse efectuado dentro de una inclinación por integrar verticalmente la producción, por requerir ahorro externo y por mantener poderosas protecciones a sus actividades.

A diferencia del polo anterior, cuya característica principal era el sostener relaciones externas de orden comercial y de ser una economía exportadora de capitales, éste ejercía su influencia principal en los procesos productivos del país atrasado y se caracterizaba por demandar grandes volúmenes de capital para su expansión.

Para el mundo del subdesarrollo, este cambio radical hubo de producir serias alteraciones internas, dentro de un largo proceso de adaptación a las nuevas normas vigentes. La economía norteamericana continuaba de todas formas ocupada en su crecimiento interno, a cuyo objeto colaboraba la disponibilidad complementaria de materias primas externas, mientras que la venta de manufacturas cumplía en esa etapa un interés comercial marginal en relación a la demanda nacional de estos bienes. Por lo mismo, la economía colonial cumplía el papel de ser principalmente un apéndice para la producción de bienes primarios, con frecuencia mediante inversiones directas norteamericanas. Esta pauta expresaba el carácter de la economía en el polo hegemónico en ese período, preocupado como estaba por integrar verticalmente los procesos productivos, por lo que la relación económica para el país atrasado se planteaba más como sujeción que en términos mercantiles.

Al mismo tiempo, del lado de los países atrasados el período de expansión asociado principalmente al crecimiento británico había dejado la herencia de complejos cambios internos de todo tipo. Se habían generado ricas actividades exportadoras y también numerosas producciones de interés interno mediante una formación de capital sin paralelo hasta entonces. El incremento del ingreso y del bienestar general de la población había inducido el crecimiento de ésta, mientras que las nuevas actividades produjeron una transformación en las relaciones sociales, dando lugar al simultáneo surgimiento de estratos empresariales y laborales. En fin, la urbanización había avanzado considerablemente y con ella las múltiples funciones ciudadanas de la época moderna, entre ellas, la concentración de la demanda y de las actividades manufactureras y de servicios, la germinación de la clase media, la creación de crecientes contrastes en los niveles de vida con respecto a los rurales, entre otros.

De esta manera, en el período de transición de polo, estaban dadas las condiciones internas y externas para que la influencia ejercida sobre los países atrasados tuviese consecuencias diferentes.

Al término de la primera guerra mundial, una vez establecida definitivamente la hegemonía norteamericana, se hizo evidente que las nuevas normas de operación se caracterizaban, para los países atrasados, por la posibilidad de vender abundantes exportaciones de bienes primarios, en ocasiones producidos por empresas creadas por inversiones directas del exterior, dentro de sólidas tendencias a la reducción de precios de estos bienes. Además, se practicaba una feroz competencia en el campo de las manufacturas y se sustituía el característico trato comercial británico por la intervención directa norteamericana.

Las presiones de grupos disidentes de la pauta tradicional -clase media, pequeños empresarios agrícolas, empresarios industriales-

iban induciendo la creación de un proyecto de economía nacional antitético a la forma de evolución secular en torno exclusivamente de las actividades exportadoras. Los años de recesión alimentaban los deseos de implantar cambios, y los de auge hacían retroceder, por vía del bienestar, esta necesidad de transformación social.

Dentro de esta atmósfera, pero con gran diversidad en el grado de agudización de las aspiraciones nacionalistas y de las maneras de plantearse, los países latinoamericanos fueron brutalmente confrontados con la desquiciante crisis de la economía norteamericana. Ante este hecho, los proyectos nacionalistas se aceleraron en algunos casos, en otros se anquilosaron y en algunos más se abandonaron del todo. En cualquier caso, lo que es necesario destacar es que el camino seguido fue siempre una resultante de la dinámica nacional y de las influencias exteriores, todo lo cual a su vez determinó nuevas funciones y rumbos en los acontecimientos sociales. Así, las aperturas nacionalistas y los esfuerzos por emprender un desarrollo autónomo se derivan igualmente de esa conjunción de elementos, los que en este período fueron antagónicos y por ende fueron reacciones a los brutales efectos de la crisis. De aquí que fuese inevitable el planteamiento disidente del mundo atrasado con respecto a las pautas del centro hegemónico.

El advenimiento de la guerra vino a determinar cambios profundos en Estados Unidos, al auspiciar una acelerada expansión económica que llegó a modificar el carácter de su sistema productivo, así como el uso predominante de su capacidad en atender las necesidades bélicas. Esta última peculiaridad se traducía en condiciones particularmente favorables a la industrialización de los países atrasados al coincidir el rápido crecimiento de las exportaciones con la incapacidad del mundo adelantado para inundar a esas economías con bienes competitivos. Así, en varios países latinoamericanos tuvo lugar en ese lapso un avance incontenible

del crecimiento industrial, acompañado en algunos casos de crecimientos paralelos en los sectores primarios y terciarios.

En la posguerra todo parecía indicar que los años de auge habían terminado y que se renovaba la relación tradicional entre el mundo atrasado y el centro de expansión. Sin embargo, habían cambiado numerosas características en cada uno de los participantes de esta relación, lo que inevitablemente daba como resultado una versión necesariamente diferente de dicha relación. Por un lado, los Estados Unidos habían salido de la guerra con una enorme capacidad instalada en todos los sectores de su economía que era indispensable utilizar, ya que de otra forma se produciría una peligrosa recesión. Por otro, y en estrecha relación con la condición de exceso de capacidad instalada, se había convertido dicho país en exportador de ahorro, a diferencia de su carácter anterior. A su vez, los países latinoamericanos, sobre todo los que habían avanzado por el camino de la industrialización, se encontraban con una economía más compleja, con una población mayor que exigía el sostenimiento de su bienestar y con estructuras de clase y políticas que planteaban conflictos que no podían resolverse dentro de los sencillos esquemas que se manejaban pocos años atrás.

La conjunción de nuevas influencias externas, que se convertían en crecientes inversiones directas y en la transmisión de los ciclos norteamericanos no sólo por vía de la variación de la demanda de exportaciones latinoamericanas, sino también a través de variables financieras, en combinación con la nueva atmósfera que prevalecía en los países de la región, dio lugar a la apertura presente. Ésta, que de hecho se inicia a partir de la mitad del siglo, tiene nuevas consecuencias en lo que hace al subdesarrollo.

La apertura tomó su carácter actual de manera gradual, dentro de un proceso de ajuste mutuo pero con repercusiones diferentes a las

del pasado. Se aceleró el proceso de industrialización en gran parte por efecto de la afluencia de inversiones directas. Al mismo tiempo se fueron incorporando avances tecnológicos a la producción agrícola e incluso se introdujeron algunos cambios en la organización de la producción, lo que, en conjunción con la elevación de las exportaciones, dio base al mejoramiento del bienestar en cierto grado, todo ello en correspondencia con un nivel más elevado de actividad económica, de servicios sociales, de consumo y de formación de capital.

Aun cuando este proceso lleva veinte años en ejercicio, la dinámica de las variables internas de los países latinoamericanos rebasó las limitaciones del esquema de crecimiento, en parte por la dimensión misma que iban alcanzando las economías y las poblaciones, pero sobre todo porque la funcionalidad propia determinaba exigencias de bienestar y de cambio que las normas de operación no permiten satisfacer. El crecimiento se transformó en el único apaciguador interno, siempre de carácter temporal y bajo la amenaza de las recesiones. Esto llevaba inevitablemente a los estratos gobernantes a procurar un crecimiento a ultranza, o sea con una asociación creciente con el exterior y a costa de las deformaciones necesarias, en combinación con la aplicación de controles políticos estrictos, ya que la misma circunstancia existente y los nexos de la economía con el polo hegemónico reducían el margen de maniobra para procurar caminos alternos de funcionamiento a la economía.

Por consecuencia, a las recesiones externas corresponderán violentos conflictos sociales en los países atrasados dentro de una tendencia a la gradual rigidez en el manejo de los asuntos políticos, lo cual da lugar a subsecuente violencia y al surgimiento de regímenes dictatoriales. Se establece, así, un crudo paralelismo entre los acontecimientos más dramáticos de Latinoamérica y las fluctuaciones de la economía latinoamericana.

Mientras tanto, del lado del subdesarrollo, los países alcanzaban niveles crecientes de disponibilidad de satisfactores, y de deformación funcional, en un proceso de cambios. Se transformaban correlativamente las condiciones de vida en casi todos los núcleos de las sociedades atrasadas; se mejoraban las perspectivas de salud, alimentación, educación y habitación; tenía lugar una acelerada urbanización. Avanzaba al mismo tiempo el subdesarrollo.

Desarrollo y antidesarrollo capitalista

El esquema anterior sugiere que, dentro del sistema de interdependencias internas de las sociedades atrasadas y bajo las condiciones de relaciones capitalistas, han tenido lugar circunstancias históricas favorables para abandonar el subdesarrollo. También se desprende de este cuadro que esas circunstancias fueron sucedidas por intensos auges, recesiones y cambios del polo de hegemonía que excitaron poderosas fuerzas internas alimentadoras de esta condición.

Se deriva que la dinámica del subdesarrollo encuentra su origen y explicación en la forma de operación del conjunto de interdependencias de la sociedad atrasada con respecto a los polos de hegemonía mundial y las consecuencias que aquéllas tienen sobre las formas de funcionamiento internas. Por ello, así como el subdesarrollo se origina en la interdependencia con la esfera externa, igualmente se alimenta en las formas de funcionamiento interno de la sociedad atrasada.

Pero es necesario examinar también los proyectos más importantes que se han elaborado para la solución del subdesarrollo con el fin de apreciar debidamente la magnitud de las tareas que implican y su viabilidad. De hecho, estos proyectos se dirigen hacia la creación de un desarrollo interno relativamente autónomo que sea

la base para practicar una defensa positiva en contra de las tendencias favorables al atraso, ya sean ajenas o propias.

El intento de emprender un desarrollo autónomo interno, por un país que funciona dentro de formas de producción capitalista, plantea necesariamente la exigencia de clausurar temporalmente algunos compartimientos de la economía al contacto externo para convertirlos en el eje de la necesaria expansión económica, lo que eventualmente habría de sustentar un complejo desarrollo nacional. Su éxito depende no sólo de la consolidación de fuerzas internas que apoyen la aventura de crear actividades nuevas en contradicción con los poderosos intereses externos e internos, sino también de la circunstancia histórica mundial del capitalismo. El proyecto supone que el país se apartará por un tiempo de las corrientes económicas seculares, mas retornará, una vez fortalecida su estructura productiva, reincorporándose a dichas corrientes con un nivel competitivo y de igualdad, a diferencia de la sujeción económica previa.

De aquí que si el polo de expansión capitalista se encuentra en el período de construcción interna, caracterizado por tener necesidades de inversión superiores a su ahorro interno, será viable el proyecto emprendido por la nación dependiente consistente en crear una economía nacional, pero siempre y cuando tenga éxito en su lucha contra la sujeción metropolitana. En cambio, si la metrópoli ha rebasado ese período, el proyecto de implantar un nacionalismo económico de orden capitalista puede perder sentido, ya que éste tiene significado en tanto es expresión del conflicto y de la competencia entre las burguesías nacionales y metropolitanas y en tanto ese conflicto puede resolverse dentro de las condiciones de operación del capitalismo. Cuando dicha competencia entre burguesías no existe más debido a que la nueva forma de operación del capitalismo elimina de su esencia el enfrentamiento -que

corresponde a la etapa de necesidad de capital- y pasa a contener una tendencia a la identificación -que corresponde al período de exceso de capacidad de inversión-, tiene sentido la hegemonía burguesa, pero sin distinción de nacionalidad. Por ello, el nacionalismo capitalista pierde razón de ser en estas nuevas circunstancias.

Otra posibilidad para el país atrasado capitalista podría consistir en intentar el cambio radical de la estructura interna, al grado que, aun cuando la sociedad dependiente continúe teniendo nexos con el sistema capitalista, los impulsos que reciba los traduzca en fuerzas positivas para su desarrollo y no en las que provocan presiones para crear una sociedad subdesarrollada tradicional. Tal podría ser el caso de una transformación de una sociedad que pasa de un sistema de empresas privadas a uno de operación cooperativa con fuerte participación pública, por ejemplo. Con ello, la modificación de las formas de contacto con el exterior, incluyendo los canales de relación con esa esfera, serían totalmente remodelados, al igual que el cuerpo social y la superestructura correspondientes. Es obvio que el beneplácito metropolitano por este proyecto será difícil de lograr, puesto que el cambio de vínculos afectará profundamente al polo de dependencia, aun sin que se rompa del todo el sistema general. A ello se añaden las limitaciones en el margen de maniobra del polo de hegemonía, todo lo cual condiciona que la respuesta al proyecto sea de repulsa violenta antes que de aprobación entusiasta.¹¹

Un ejemplo parecido, pero de carácter regresivo, consiste en el intento de marginarse del medio comercial a la manera de la práctica de algunas comunidades autóctonas ante la incapacidad de conciliar, dentro de su cuerpo social y superestructura, las violentas presiones del mundo externo. Mediante este procedimiento se

¹¹ La brutal represión de intentos de simple liberalización, que ni lejanamente contenían proyectos de disidencia imperial, como en el caso de la invasión norteamericana de la República Dominicana (1965), muestra la inviabilidad actual de la evolución autónoma capitalista.

elimina la incidencia de las relaciones de precios, que son los principales vínculos de sujeción, ya que la producción se destina preferentemente para el propio uso por la comunidad y el valor creado surge y se consume en el ámbito familiar y, cuando más, en el ámbito comunal. Llevada a nivel nacional, esta clausura de relaciones con el exterior significaría en la actual etapa histórica un brutal retroceso material, social y cultural, que difícilmente podría aceptar la población por mucho tiempo.

Otra forma de aislar y evitar la incidencia de los mecanismos del subdesarrollo es en cierta forma similar al caso anterior, pero ahora se trata de un planteamiento progresista. Consiste en la modificación profunda de las relaciones de producción, de las características del cuerpo social y de la superestructura, sustituyendo de raíz las formas capitalistas de producción y planteando el control de las transacciones comerciales con el resto del mundo en función de las necesidades vitales de la sociedad, o sea, procurando establecer las condiciones más favorables para el desarrollo. De esta manera, la sociedad puede evadir los mecanismos tradicionales de relaciones internas y externas capitalistas que condicionan las diversas fuerzas que operan en favor de la persistencia y avance del subdesarrollo. La estrategia de este camino exige múltiples modificaciones: la ruptura de los mecanismos seculares de las relaciones mercantiles externas que constituyen canales principales de transmisión de poderosos impulsos favorables al subdesarrollo; la modificación de las formas de producción y de organización social, con la mira de alterar las pautas propicias al atraso; el diseño de la norma técnica de la producción más conveniente; el cambio en la manera de efectuar las decisiones sociales; el control del origen y del uso del excedente económico, entre otras cuestiones a transformar. Pero este proyecto consiste en la sustitución total de las relaciones capitalistas de operación.

De la exposición anterior se desprende que, dentro de las pautas de funcionamiento actual del capitalismo, el subdesarrollo no tiene solución de fondo. Esto, que se deriva de la forma de operación interna de las sociedades atrasadas y de las influencias externas a que están sujetas, de ninguna manera implica que no puedan tener lugar elevaciones sustanciales de los ingresos y de los consumos, fastuosas urbanizaciones, construcción de ostentosas obras públicas y considerables avances educativos, sanitarios, etc. Lo único que implica es que las sociedades subdesarrolladas irán internándose cada vez más en esta condición, lo cual puede suponer también una permanente mejora cuantitativa y cualitativa. El subdesarrollo de hoy, por miserable que sea, tiene indudables perspectivas de aliviar algunas de sus deficiencias, en cuanto a satisfactores materiales se refiere, y agravar muchas otras en lo que hace a las relaciones entre los países y los hombres.

En este sentido dinámico, se explica el que la brecha entre países desarrollados y atrasados inevitablemente se amplíe cada vez más. Una evolución diferente sólo sería imaginable en la medida en que el sistema capitalista dejara de serlo y esto plantea interrogantes vitales y disyuntivas contradictorias a la viabilidad del desarrollo de los países atrasados. Por un lado, se tiene la opción puertorriqueña, que consiste en mantener la mayor pasividad económica y social posible con el fin de que la sociedad subdesarrollada sea más fácilmente arrastrada por la dinámica del polo hegemónico y gozar de esta manera de mayores beneficios; por otro lado, se plantea la ruptura de los vínculos capitalistas y el sacrificio temporal del bienestar para abandonar el subdesarrollo, en vez de luchar batallas imposibles con la pretensión de vencerlo. Sabemos que el dinamismo del subdesarrollo es sólo el resultado anverso del funcionamiento capitalista. No se trata de un síndrome social que es curable mediante acciones específicas. No es tampoco el resultado de condiciones atmosféricas o de antece-

dentes raciales o de círculos viciosos. Ni siquiera es un subproducto del crecimiento capitalista. El subdesarrollo es la condición necesaria para que tenga lugar el desarrollo capitalista, al igual que el lucro, la apropiación privada de parte del valor creado o el intercambio de mercancías.

Por lo mismo, el subdesarrollo cambia su forma de operación en respuesta a la evolución del sistema de producción prevaleciente y de las normas en el uso del valor que caracterizan al sistema capitalista.

Dentro del contexto conceptual que hemos asignado a los términos, y en relación al conocimiento actual de los fenómenos sociales y de su dinámica, el estado de atraso debe calificarse como la antinomia inevitable del crecimiento de centros hegemónicos capitalistas. De hecho, el subdesarrollo de las sociedades atrasadas es el antidesarrollo capitalista.

Referencias

- S. Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, El Ateneo, Buenos Aires, 1949.
- D. A. Baldwin, *Economic development and american foreign policy 1943-1962*, Chicago, 1966.
- P. A. Baran y P. M. Sweezy, *El capitalismo monopolista*, Siglo XXI, México, 1969.
- CEPAL, *El financiamiento externo de América Latina*, Nueva York, 1964.
- M. Dobb, *Economía política y capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961. M. Dobb y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Ciencia Nueva, Madrid, 1967.
- H. S. Ellis (comp.), *Economic development for Latin America*, Nueva York, 1961.
- H. Feis, *Europe, the World's- Banker 1870-1914*, Nueva York, 1965.
- G. Frank, *Latin America, decrepit castle with a feudal seeming façade*, Monthly Review, 1963.

- G. Frank, "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", revista *Desarrollo Indoamericano*, 9 y 10, Bogotá, 1969.
- Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la Revolución cubana*, Siglo XXI, México, 1969.
- Furtado, *La hegemonía de los Estados Unidos y el desarrollo de América Latina* (mimeógrafo), 1966.
- Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- L. H. Jenks, *The migration of british capital to 1875*, Nueva York, 1927.
- C.P. Kindleberger, *Foreign trade and the national economy*, Yale University Press, 1962.
- R. Losada Aldama, *Dialéctica del subdesarrollo*, Grijalbo, México, 1969.
- Magdoff, *La era del imperialismo*, Nuestro Tiempo, México, 1969.
- Noyola, "El desarrollo económico y la inflación en México y otros países latinoamericanos", *Investigación Económica*, XVI, núm. 4, México, 1956.
- Pinto, *Política y desarrollo*, Editorial Universitaria, Santiago, 1968.
- R. Prebisch, "El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria", *Boletín Económico de América Latina*, CEPAL, marzo de 1961.
- Seers, "Inflación y crecimiento: Resumen de la experiencia latinoamericana", *Boletín Económico de América Latina*, CEPAL, febrero de 1962.
- Veliz (comp.), *Obstacles to change in Latin America*, Oxford University Press, 1965.